

Journalists under fire.

Antonia Ceballos Cuadrado
(Universidad de Sevilla)

Tumber, Howard y Webster, Frank (2006): *Journalists under fire. Information war and journalistic practices*. Londres: Sage Publications.

Trescientos cuarenta y un periodistas fueron asesinados mientras realizaban su trabajo en el periodo de 1995-2004. Sólo 68 de ellos, según datos del Comité para proteger a los periodistas (CPJ), es decir, un 20%, murió en medio de un tiroteo. Doscientos cuarenta y siete, el 72%, fueron asesinados, a menudo como represalia por sus informaciones. Estos son algunos de los escalofriantes datos que estos dos autores recogen en el libro. ¿Qué tipo de periodismo estamos haciendo en lugares en conflicto? ¿qué tipo de periodismo nos permiten hacer? ¿quiénes son los corresponsales de guerra y qué les impulsa a estar allí? ¿qué relaciones tienen con sus jefes? ¿cómo se las arreglan para informar y para sobrevivir? Y la gran pregunta: ¿cómo se forman los corresponsales de guerra? Estas son algunas de las cuestiones que intenta resolver este libro a través del testimonio de diversos periodistas (siempre del mundo anglosajón, eso sí).

Ocurre con el periodismo de guerra, como con el periodismo en general, que a menudo se tienen ideas no muy precisas de lo qué es y con frecuencia se cae en una visión algo romántica de la profesión, que poco tiene que ver con la realidad y que no favorece un ejercicio serio de la misma. Por ejemplo, en la parte final del libro, Tumber y Webster tratan un tema que puede parecer algo manido y que, sin embargo, sigue suscitando gran polémica: el de la objetividad. Insisten los autores en que una de las motivaciones principales de los periodistas para cubrir un conflicto es el deseo de contar “las cosas como son” y afirman “decir la verdad puede significar informar de una manera desinteresada, imparcial y completa” (p.169); aunque más adelante aclaran que esto se reduce a decir “x dice esto” e “y dice aquello”. Primer punto, junto con las cifras de periodistas muertos, para hacernos reflexionar: ¿cómo estamos contando la guerra?

La capitalidad de esta pregunta la subrayan los propios autores al hacer hincapié en la importancia que tiene para los militares controlar y dirigir a los periodistas en la “guerra de la información”. Los medios son fundamentales para que los ciudadanos se adhieran a las causas militares y éste es uno de los grandes frentes en los que luchan los responsables de los ejércitos de hoy en día. En la “guerra industrial” los ciudadanos iban a la guerra o, por ejemplo, se implicaban en el esfuerzo industrial que se requería para ganarla. En la guerra de la información, los ciudadanos sólo tienen contacto con lo que ocurre en el frente a través de los medios; se trata, más bien, de una adherencia, por así decirlo, intelectual.

El 11-S y la última guerra de Iraq son los puntos de inflexión que los autores toman para explicar las características actuales de la guerra y de la información sobre la guerra. No obvian, sin embargo, los conflictos anteriores, de los que se sirven para explicar la mayoría de las características de la información sobre la guerra y, como contrapunto de estas nuevas formas de informar: periodistas “empotrados” en las filas del ejército, *blogs* de Internet en los que se cuenta lo que ocurre en los sitios a los que no pueden llegar los periodistas por las personas que lo están viviendo, *blogs* que comentan aquellas cuestiones que pasan por alto los grandes medios o los que amplifican estas cuestiones, las informaciones compartidas por muchos medios, la introducción de imágenes tomadas con móviles, cámaras de vídeo, etc, el uso de Internet como fuente y del correo electrónico como herramienta de comunicación, etc.

El libro está dividido en tres partes. La primera parte (“Information war”), trata de explicar las claves del nuevo tipo de guerra: la importancia de la globalización, el papel que juegan los medios como principales vías para acceder a los ciudadanos (al conocimiento de los ciudadanos acerca de la guerra y a su convencimiento de la importancia de que un país haga la guerra a otro), la fragilidad del Estado-nación en un mundo globalizado y a la vez localizado, la necesidad de parecer que se respetan los derechos humanos y la democracia, etc. En esta primera parte, los autores definen también algo esencial en cualquier guerra: el enemigo; “Estados sin enemigos, enemigos sin Estados”. Estos autores toman la terminología de Anthony Giddens para explicar el fenómeno del terrorismo, un fenómeno que atribuyen a la situación económica de determinados países, aunque no sólo, ya que Tumber y Webster apuntan también a otras posibles causas, como la falta de valores. Especial atención merece la parte que se refiere a la excepción que, en el panorama mundial, representa EEUU; excepción que los autores fundamentan en la supremacía militar (gasto de defensa, capacidad armamentística, etc), la experiencia de la guerra (destacan el hecho de que los estadounidenses no hubieran sufrido en su territorio un ataque de gran envergadura hasta el 11-S, con excepción de algún episodio de terrorismo como el atentado de Oklahoma en el que murieron 168 personas), el patriotismo (patriotismo alentado, según los autores, por la victoria de EEUU en la Segunda Guerra Mundial), el sueño americano (“en los Estados Unidos, los ideales de libertad, individualismo, igualitarismo y democracia han sido muy usados desde el tiempo de la Declaración de Independencia en 1776, pasando por el discurso en Gettysburg de Abraham Lincoln en 1863, hasta el de Martin Luther King en el memorial de Licoln cien años después”; p.53) y el sistema de medios (el más avanzado tecnológica y económicamente). Sin embargo, cabe reprocharles a los autores el hecho de no aportar nada realmente innovador para explicar “la excepción estadounidense”, y el hecho de que no realicen críticas estructurales que alimenten el debate con nuevos planteamientos.

La segunda parte (*Frontline Journalism*) es, sin duda, la que más llama la atención. Los autores se valen de unas entrevistas a corresponsales de guerra realizadas en 2004 e insertan extractos de estas entrevistas para ilustrar las cuestiones que están tratando: quiénes son y por qué lo hacen, cómo realizan el trabajo, las relaciones laborales, la importancia de los intermediarios y los traductores, el peligro y la seguridad, el entrenamiento y la protección y cómo se las arreglan con el miedo y el peligro en el campo de batalla, fuera del campo de batalla y tras el conflicto. Aunque se limitan a recopilar y agrupar temáticamente aquello que dicen los periodistas, lo que resulta muy interesante, pero adolece de una falta de reflexión seria y útil. Además, el hecho de que los entrevistados sean sólo periodistas del ámbito anglosajón pauperiza enormemente la visión que el lector pueda formarse.

“La guerra es una cosa normal de gente normal haciendo cosas normales” decía Arturo Pérez Reverte en una entrevista concedida a RNE a finales de 2005. “La guerra, gracias a Dios, es anormal” decía Gabin Hewitt, periodista de la BBC, en una de las entrevistas que recogen Tumber y Webster (p.62). ¿Es la guerra algo normal? A lo largo del libro, pese a que este tema no se trate de forma concreta en él, diversos periodistas afirman que no lo es. Tal vez este sea otro de los mitos, junto con el de la objetividad, que alimentan una visión romántica de la guerra.

Sin duda, la tecnología es fundamental en los procesos periodísticos. ¿Qué supone para un periodista tener ordenadores portátiles, teléfonos por satélite, etc.? Sobre todo, un cambio trascendental en las rutinas informativas. El cómo se cuenta la guerra tiene que ver mucho con, por ejemplo, el sistema de noticias 24 horas, que obliga al periodista a estar la mayor parte del tiempo en la terraza del hotel para atender a las conexiones y le impide salir a buscar la información. Las nuevas tecnologías han hecho el trabajo más fácil, pero también lo han transformado y han constreñido al periodista, cuya capacidad de acción y de iniciativa se han reducido enormemente. Cabe citar aquí, aunque los autores no lo hagan, a Thomas Huges y su idea de “impulso tecnológico”: ante la disyuntiva de si el cambio social (en este caso, el cambio de las rutinas informativas) transforma a las tecnologías o las tecnologías transforman la sociedad (en este caso, el periodismo), Huges planteaba que el desarrollo social (periodístico en nuestro caso) configura y es configurado por la tecnología a través del tiempo. Y esto, grosso modo, es la posición que se desprende del libro, en lo referente a las nuevas tecnologías:

En aquellos días -y estoy hablando ahora de los últimos setenta, primeros ochenta- no había esta enorme conexión global entre varias organizaciones. Casi nunca veías las mismas imágenes. Ahora nos suscribimos a las mismas agencias que la BBC o ITN. Así que consigues unas imágenes muy homogéneas. En aquellos días, cuando era corresponsal en Sudáfrica, tenía un cámara, el corresponsal de la BBC tenía su cámara y nos peleábamos por las historias (Peter Sharp, p. 86).

Muy interesante también resulta la distinción entre el “equipo A y el equipo B” de periodistas en la guerra. En el primero estarían los corresponsales y en el segundo los *freelancers* y los periodistas a tiempo parcial (a menudo, locales). El 24 horas impone también que la importancia del grupo B sea cada vez mayor para completar los espacios informativos. Esta realidad se menciona someramente y, sin embargo, da bastante cuenta de la situación en la que están trabajando los periodistas. Aunque, bien es cierto, el libro sí es bastante útil en este sentido al hablar, por ejemplo, de las relaciones con los jefes (los estadounidenses, por ejemplo, antes de grabar, tienen que mandar el guión a sus redacciones para que éstas lo aprueben y entonces poder grabar), o del papel que desempeñan los intermediarios, conductores, traductores, etc. en la labor del periodista.

La guerra de Iraq supone un antes y un después en lo que a maneras de contar la guerra se refiere. No sólo los periodistas “se empotran” en las filas del ejército, sino que los periodistas empiezan a llevar escolta, normalmente armada, y hacen cursos que los preparan para superar situaciones difíciles. Ambas iniciativas de los medios encuentran entre los periodistas tanto detractores como gente a favor. Las críticas a los cursos son básicamente que están elaborados e impartidos por antiguos militares que poco o nada saben de periodismo. En cuanto a las críticas a los escoltas, dejemos, al igual que los autores, hablar a los periodistas:

Si tú realmente sientes que el único camino para que puedas ir a hacer aquella historia es haciendo esto, entonces no deberías ir, ni hacerlo, porque si te presentas como periodista y entrevistas a la gente con un puñado de hombres armados, entonces no eres ya un periodista, eres otra cosa (James Meek, p.139).

La tercera parte es la conclusión, y en ella se recogen los aspectos más importantes del libro y se introducen algunos nuevos, como el papel del neoliberalismo o el ritmo del cambio a nivel global. El enemigo vuelve a ser importante en esta parte: “un nuevo enemigo”, el terrorismo. Y el libro acaba con un aviso para navegantes: el potencial armamentístico asegura la asimetría entre los combatientes, pero los medios son cruciales para librar la batalla a largo plazo; sin embargo, predecir o contener la información es mucho más duro que controlar el armamento. Tomar consciencia de esto supone asumir plenamente la responsabilidad que tenemos en nuestras manos al contar la guerra.